

La importancia de Lima

Si un viajero llegara por primera vez a Lima y sólo pudiera estar de paso, tres horas, ¿qué se le podría mostrar para que se llevase una idea de la importancia de esta ciudad? A mí se me ha planteado este pequeño gran problema (es, en efecto, un gran problema pequeño); quiero convencerme de que dejé verazmente complacida la curiosidad del viajero amigo a quien fui a saludar al aeropuerto. Quitando el tiempo de ida y vuelta, en dos horas y pico, no se puede ver debidamente el Museo de Antropología y Arqueología de la Magdalena. Aunque llegara a verlo, el viajero se podría llevar una idea de la grandeza de las civilizaciones antiguas del Perú, pero no de la importancia de la ciudad de Lima (esto, naturalmente, no es decir que Lima sea más importante que las antiguas civilizaciones). En el mismo espacio de tiempo (lo alucinante del tiempo y el espacio está en que se miden el uno con el otro, se miran midiéndose), y sin apresurarse, sobra tiempo y falta espacio, sólo hay el de las cuatro cosas que todavía quedan para hacerse una idea de la ciudad de la ciudad más legendaria del Perú, que es, sin duda, la Ciudad de los Reyes y de los virreyes; mas, en vez de cuatro, habrían de ser cuatrocientas las cosas de ella conservadas aún y ofrecerían una idea de la importancia de la Lima colonial, no de la de hoy.

En vez de los vestigios coloniales, cabría enseñarle los barrios residenciales modernos, sus avenidas suntuosas, sus calles entre parques y jardines, sus casas de puertas herméticas con bellas maderas, de ventanas floridas y ventanales semiocultos por altas y finas plantas pálidas, verdes o grises, enseñanza superior, sin duda, para dar una idea de la importancia que tiene la clase alta, no de toda Lima, que cuenta ya con una clase media y un proleta-

riado importantes. Tampoco le daría al viajero apresurado una idea de la importancia de Lima, hacerle visitar los barrios de la miseria, como los que se anidan en grandes ciudades. Precisamente los de Lima presentan la particularidad de que no parecen ciudadanos sino campestres, campamentos misérrimos. Desde luego, hay algo en una ciudad que lo dice todo. Los mercados. *El vientre de París* llamó el novelista presentativo Emilio Zola a los de la capital europea mejor conocida. Son más que el vientre los mercados en cualquier ciudad. Lo que se compra en ellos no entra siempre por la boca: cintas, correas, corbatas, pañuelos, paños, camisas, vestidos, sombreros, botas, arreos...

Por el estado de su comercio se ve enseguida, sin necesidad de estadísticas, si hay muchos analfabetos. En un mercado de Lima he visto yo una mercancía más bella: se vendía, por un escritor público, un poeta, copias manuscritas de los mejores poetas americanos. El mercado común de la poesía. “Deme usted una colombiana”, pedía un forastero. “A mí un Darío”, pedía otro. Y más concluyente que los mercados hay en las ciudades otro lugar público: el cementerio. En el Père La Chaise, los jardines sobre París de este padre jesuita, confesor de Luis XIV, se comprende que la burguesía que ha ido enterrándose sucesivamente en ellos ha sido propicia a la novela. Su altura parece escogida para que Rastignac, el héroe balzaciano, a la salida del entierro del padrazo Goriot, el rey Lear de una pensión pobre de París, desafie a la ciudad. En el lado nuevo del cementerio general de Lima se halla una de las obras de arte pública limeñas de más valor, la puerta de Miró Quesada, Roca Rey y Szyszlo.

Me ha parecido preferible que el viajero de paso visite otro lugar público, cementerio, mercado, miseria, riqueza, antigualla, antigüedad: ese rincón abultado, sano, sucio, donde en las grandes ciudades van a parar los desperdicios de la abundancia y de la pobreza, la trapería y la eternidad, la fijeza infinita de los objetos muertos, enteros o en pedazos. En Lima se llama Tacora; con motivo de su mudanza se han citado los nombres que tiene en otras ciudades. El más acertado resulta, no creo equivocarme, el de Madrid: el Rastro; más acertado aún si se dice su nombre completo. El Rastro es el nombre de un cerrillo madrileño de los barrios bajos, y los innumerables objetos heteróclitos y usados que desprendidos

de la ciudad son recogidos y amontonados allí se deslizan hasta unos enormes patios o corralones dichos (qué vista certera) las Américas, en plural, porque en las Américas hay de todo. El rastro de la ciudad, eso es el barrio colector que recoge las miserias estrujadas y las grandezas rotas, abandonadas en el tiempo, el encargado de inscribirlas y hacerlas desaparecer en las páginas polvorientas de la Biblia que dejan enterradas todas las civilizaciones, la Biblia de los objetos. Es la huella sobre la cual se reconstruye una urbe como la suya un elefante. Los desperdicios son más impresionantes de la importancia de una ciudad que la riqueza.

(Expreso, 21 de julio de 1962)